

Editorial de *Nuestra Bandera**

Solo por la ruptura democrática habrá democracia en España



119

La reciente declaración —mes de enero— del Comité Ejecutivo de nuestro Partido nos ofrece importantes análisis de los aspectos principales de la actual situación española que facilitarán el trabajo de los comunistas en este período. Por ello requiere de todos nosotros un cuidadoso estudio, sin conformarnos con la primera lectura.

¿Qué es este Gobierno? ¿Cuál es su carácter?

«Las modificaciones habidas a nivel de Gobierno —nos responde la declaración— no cambian la naturaleza del poder político, que sigue siendo el heredero del general Franco. El actual Gobierno es un compromiso entre los “ultras” y los “aperturistas” del franquismo, encajonado en las instituciones y leyes de este, que constituyen un obstáculo a todo paso adelante».

Este carácter del Gobierno se expresa en numerosos hechos:

En su negativa a la amnistía.

En la subsistencia —sin que se les haya tocado un pelo— de las instituciones del franquismo: Cortes, Consejo Nacional del Movimiento, Consejo del Reino, sindicatos verticales, etc. (Las actuales Cortes, heredadas de Franco y opuestas, en su inmensa mayoría, a todo cambio democrático, han sido prolongadas por un año).

En la ausencia de libertades y derechos cívicos (salvo los que la clase obrera y los demócratas españoles se están tomando por su mano).

En la permanencia de la ley llamada *antiterrorista*.

En los vagos anuncios de reformas constitucionales a plazos muy largos.

En los anuncios —estos más concretos— de llegar, a lo sumo, a una especie de «minidemocracia» o de «democracia» sin democracia, de la que serían

* En *Nuestra Bandera: Revista teórica y política del PCE*, n.º 83, enero-febrero 1976, pp. 3-12.

excluidos nuestro Partido, el movimiento obrero, los partidos autonomistas y, en realidad, cuantos no se sometieron a un poder que, en definitiva, seguiría siendo antidemocrático.

El clamor nacional en demanda de amnistía y del fin de la represión, la amplitud de las acciones obreras y democráticas que se desarrollan en todo el país son los factores principales que han forzado a la política represiva a perder dureza. No siempre, pero sí en repetidas ocasiones. Es cierto y sería un hecho positivo si esta actitud persistiera. Desgraciadamente, nuevas violencias contra los manifestantes demuestran lo contrario. Mas **«la solución real de los problemas de España —se advierte en la declaración— no reside en una MAYOR TOLERANCIA hacia las demandas de muy diversos y amplios sectores sociales, sino en la INSTITUCIONALIZACIÓN CLARA E INEQUÍVOCA DE LOS DERECHOS POLÍTICOS DEMOCRÁTICOS de todos los españoles sin exclusiones ni discriminaciones».**

«La “MAYOR TOLERANCIA” puede ser solo una táctica circunstancial del poder si la sociedad no la desborda imponiendo la INSTITUCIONALIZACIÓN DEMOCRÁTICA; puede ser un artilugio para estabilizar una especie de “CAETANISMO” a la española».

La solución real de los problemas de España está en la democracia.

Lo que de verdad ha cambiado

Sin embargo, desde la muerte del dictador acá, ha habido un cambio, un cambio considerable. Este cambio reside en las libertades que los españoles se han tomado por su mano, en la eclosión pública de las ansias de vivir en democracia que alentaban en los más variados sectores sociales. **«La esencia de este cambio —precisa la declaración del Ejecutivo— consiste en que las “zonas de libertad”, conquistadas en los últimos años por la presión de las fuerzas más dinámicas de la sociedad, se han extendido aceleradamente a toda la geografía política del país».**

Expresión de este cambio es la repentina magnitud alcanzada por la campaña proamnistía, con la variedad y notabilidad de sus participantes, tanto en lo que se refiere a sectores sociales, entidades y organismos —hasta varios ayuntamientos— como a personalidades. Campaña que, en el fondo y muchas veces en la literal formulación de resoluciones y demandas, es una exigencia, a la vez, de las libertades democráticas.

Expresión de este cambio es también, en su más profundo sentido, el formidable movimiento de huelgas que se extiende y amplía sin cesar por todo el país. Transportes, metalurgia, construcción, seguros, correos, minería, ferrocarriles... Solamente en Madrid más de 150 000 huelguistas en los días que escribimos este comentario; centenares de miles en toda España.



Cierto que las huelgas tienen por motivo inmediato el rechazo de la congelación de salarios —primera medida «social» dictada bajo Juan Carlos— mientras el coste de la vida ha aumentado al menos en un 15 % en 1975. Pero es igualmente cierto que en las huelgas, en las manifestaciones de sus protagonistas, en su grito y en sus pancartas, se unen a las reivindicaciones profesionales las de amnistía, democracia, libertad sindical.

El cambio se expresa, asimismo, en la persistente presencia de las masas en la calle en manifestaciones por la amnistía y las libertades, contra la carestía y contra el paro. Alguna como la del 20 de enero en Madrid, convocada por la Junta Democrática y la Plataforma, con decenas de millares de manifestantes pese al enorme despliegue de la fuerza pública.

Se expresa, con fuerte impacto, en la pública aparición —reuniones, conferencias de prensa, documentos firmados con sus nombres y apellidos— de destacados representantes de los partidos y organismos unitarios de la oposición, que así comienzan a imponer la realidad de su existencia y de su audiencia en la opinión frente a la ilegalidad oficial que aún pesa sobre ellos.

Otra demostración, y de primera importancia, de esta conquista de «zonas de libertad» es la realizada en buena parte de la prensa. Redactores y directores de numerosas revistas, e incluso de diarios, fuerzan todos los días las estrechas normas que quiere imponerles el régimen y publican, uno tras otro, comentarios e informaciones opuestas a la política del Gobierno. En esa prensa aparecen entrevistas con personalidades de la oposición y del movimiento obrero y artículos que piden amnistía y una democratización verdadera. Esa zona de la prensa —zona de resonancias— es una de las avanzadas de la sociedad española en su pugna por la democracia.

Este forcejeo por la conquista de la democracia gana, en estas semanas nuevos sectores, nuevos medios sociales, o se intensifica en ellos. Así, en lo que atañe a organizaciones de mujeres, entre escritores y artistas, en profesionales liberales, en organismos muy variados, sin hablar de estudiantes y personal universitario, cuya lucha es tan vieja y sostenida. Hasta en parte —parte que se ensancha— del aparato del Estado surgen voces de signo democrático más o menos explícito. Algunas inequívocamente explícitas como la de esos 2500 funcionarios que han reclamado en un documento las libertades democráticas y la amnistía. Elevada significación tienen también en ese sentido los documentos de la «Plataforma de Justicia Democrática», integrada por magistrados y destacados funcionarios de la justicia.

Subrayamos igualmente la evidente significación de la reciente nota dada por las autoridades militares declarando que si el Ejército ha intervenido en la huelga del Metro, lo ha hecho cumpliendo órdenes, pero que no se pronunciaba sobre el fondo del conflicto. Lo que equivale a explicar los límites y el sentido de su intervención a los obreros y a salvar su responsabilidad ante ellos.



Todos estos hechos y corrientes, a los que hay que añadir en lugar muy destacado los acuerdos de unidad de la oposición a los que nos referiremos en seguida, «han alcanzado unas dimensiones y abierto unas brechas tan amplias —se constata en la declaración— que todo da la impresión de que España está llegando a un punto de no retorno en la marcha hacia la democracia».

Necesidad de la ruptura democrática

Cambios, pues, importantes y prometedores, mas precarios si tenemos en cuenta que las estructuras fascistas del régimen siguen ahí y que esas en lo esencial no han cambiado.

Para que en España haya democracia, para que sean posibles los cambios que la establezcan, es necesaria la ruptura democrática.

¿Cuáles son esos cambios sustanciales, indispensables? Las fuerzas de la oposición en su más amplio abanico, lo han expresado repetidamente en sus documentos. La declaración de nuestro Partido lo resume así:

«Se trata de CAMBIOS POLÍTICOS, de LIBERTADES POLÍTICAS que hagan del nuestro un país homologable a los del resto de Europa. Es decir, libertad para los partidos políticos —sin ninguna exclusión—, libertad sindical, libertad de prensa, libertad de palabra, reunión y asociación; autonomía para las nacionalidades que componen el Estado español; sufragio universal; elección de una asamblea constituyente para elaborar una Constitución que sirva de cuadro legal a las contiendas político-sociales, lo que sobreentiende que la forma política definitiva del Estado tendrá que ser sometida a la decisión del sufragio popular».

Es la evidencia misma que la ruptura democrática, que tiene por fin tales objetivos, solamente podrá efectuarla un Gobierno provisional de reconciliación nacional. Un Gobierno de amplia coalición democrática en el que figuren los auténticos representantes de todas las clases sociales y grupos políticos interesados en el establecimiento de la democracia.

Los empecinados del continuismo y, en general, cuantos desean evitar que en España haya democracia —democracia de verdad y no una apariencia limitada y caricatural de democracia— se esfuerzan por desacreditar la noción de ruptura democrática presentándola como un propósito de barrer por la violencia cuanto hoy existe. Es una de esas falsedades tan enormes y frecuentes a que nos tiene acostumbrados la reacción española. Ahí están para desmentirla las públicas posiciones, repetidamente manifestadas, de las fuerzas de oposición y de sus organismos unitarios —la Junta y la Plataforma—, así como las expresadas en sus documentos conjuntos. En cuanto a los comunistas... Nuestro Partido propugna transformaciones democráticas; no violencias. Es el Partido que propuso a los españoles —el primero— la reconciliación nacional, que



trabaja desde hace lustros para dar a la situación de España una salida pacífica, sin dejarse afectar por las delirantes críticas e injurias de grupúsculos extremistas que ello nos ha acarreado.

Ni en los trabajadores ni en el pueblo existen tampoco deseos de violencia. Al contrario, desde hace mucho tiempo es ostensible que lo predominante en ellos es la aspiración a que el paso de España a la democracia se efectúe pacíficamente, sin choques.

Todos sabemos —los comunistas por repetida experiencia propia— cuántas violencias han sufrido, años y años, los obreros y los antifranquistas en general por parte de la fuerza pública durante las manifestaciones de calle. Pues bien, en cuanto aquella ha adoptado ante los manifestantes una actitud de no agresión, como ha sucedido últimamente en algunas ocasiones, las masas no solo no la han hostigado lo más mínimo, sino que... ¡la han aplaudido! Y en solo algunas semanas esto se ha repetido varias veces en Madrid y en ciudades de provincia. Porque las masas llevaban años deseando eso: poder manifestarse en paz, sin violencia. ¿Se quiere prueba más palpable y hasta espectacular, podríamos decir, de que en el pueblo no hay deseos de revancha, sino de reconciliación? Completamente exacto nos parece el juicio que se emite en la declaración acerca de estos hechos:

«Son síntomas de que en la libertad y la democracia puede reinar un orden mantenido por el consenso general y ser enterrados definitivamente los residuos de la guerra civil; pruebas de que nadie debe temer para su persona y para sus intereses legítimos ningún daño del cambio democrático».

Sería la obstinación en cerrar el paso a la democracia, sería esa tentativa caetanista que se ensaya lo que, por el contrario, comprometería peligrosamente el cambio pacífico que hoy es perfectamente posible.

Pensar que la extraordinaria vitalidad democrática de la sociedad española pueda ser sofocada por una política opresiva, alicorta, a lo Caetano, es un sueño peligroso.

Pensar que los trabajadores se resignen a la congelación de salarios —a la congelación de sus estómagos— y a la inexistencia de un sindicato propio sería puro delirio, como las grandes huelgas actuales están demostrando ¿Seguir militarizando a los huelguistas? Esos son expedientes momentáneos y que también se mellan.

Pensar que los campesinos y los empresarios pequeños y medios van a seguir aceptando una política que les arruina y los capitalistas dinámicos una competición desigual con formas arcaicas del capitalismo protegidas por el favoritismo político es, asimismo, irreal.

Pensar que pueda ser viable esa «**minidemocracia**» dibujada por algunos ministros, de la que sería excluido el Partido Comunista y seguramente los partidos autonomistas es, por decirlo con palabras de la declaración, «**un espejismo**», «**una pura mixtificación que persigue dividir y triturar más fácilmente a**



las fuerzas de la oposición democrática». La España de hoy no es la Alemania que dejó Hitler.

«Pensar que se puede debilitar al Partido Comunista de España, que ha estado siempre a la cabeza de la lucha por la libertad, prolongando nuestra clandestinidad, es una estupidez que no ha podido germinar más que en la mente de quienes quieren que todo siga igual». Al contrario —aceptemos un instante la hipótesis irrealizable—, se encontrarían con que la ilegalidad del Partido Comunista se convertiría en el problema n.º 1 de la política española y con un Partido más poderoso enraizado en las masas.

Con estos anuncios, el Gobierno pretende escamotear el verdadero problema de hoy, que no es el Partido Comunista sí o el Partido Comunista no, sino democracia sí o democracia no.

Y la democracia es indivisible.

Pensar, en suma, que esta grave y doble crisis que vive España —política y económica— **«puede resolverla la vieja clase política del franquismo, con el apoyo de los sectores más derechistas y conservadores del capitalismo español, carece de todo realismo».**

Esta situación encontrará sus soluciones en la democracia, una vez roto el anacrónico corsé franquista, en el juego político normal en el que participen todas las representaciones políticas de los distintos sectores sociales. Así es como los problemas pueden hallar solución equitativa y eficaz y como los españoles se entregarán con ilusión y energía a la tarea de engrandecer el país, seguros de que ello significará elevar su propio nivel de vida.

«La clase obrera y el conjunto de los trabajadores —se señala en la declaración— no tienen otro medio de acción que la huelga y las manifestaciones; pero es indudable que, tras un cambio político en el que la clase obrera alcanzase la posibilidad de participar directamente en la solución de los problemas nacionales, los trabajadores no rehuirían su responsabilidad y estarían dispuestos a contribuir a una solución progresista de la crisis que tuviera en cuenta el interés general del país».

La unidad de la oposición. La acción democrática nacional

Actualmente, la necesidad de democracia es común a la inmensa mayoría del país. Para las fuerzas del trabajo y la cultura, porque son las que más sufren por la falta de libertades y porque necesitan la democracia para hacer progresar sus ideales. Para los sectores más dinámicos del capitalismo, porque la requieren sus necesidades de desarrollo. Por ello, fuerzas sociales y políticas tan diversas y cada día más numerosas coinciden en propugnar la ruptura democrática. Que no afectará al sistema social existente, ni a las Fuerzas Armadas



ni a los funcionarios del Estado ni, en definitiva, a la seguridad de las personas ni a ningún interés legítimo.

Estos objetivos, exclusivamente democráticos, que la ruptura se proponen son los que han hecho posible la convergencia de fuerzas tan distintas como son las que la propugnan, la creación de la Junta Democrática y de la Plataforma de Convergencia y los acuerdos ya logrados entre ambos organismos.

¿De complicada ejecución, la ruptura democrática? ¿Solo posible a través de una grave perturbación nacional? No, Precisamente ese enorme consenso nacional que la apoya hace posible que, como se indica en la declaración, la ruptura democrática pueda realizarse **«con un simple decreto que anule las instituciones y leyes que actualmente impiden el ejercicio de los derechos ciudadanos y establezca el pleno ejercicio de estos para todos los españoles».**

Cada progreso que se da en la unidad de las fuerzas de oposición es un paso hacia la realización de la ruptura democrática. Como tales considera y saluda nuestro Comité Ejecutivo la constitución del Consell de Forces Polítiques de Catalunya y su colaboración con la Asamblea de Catalunya, así como la creación de la Asamblea Nacional de Euzkadi.

(También nos parece muy oportuno y justo el reciente documento conjunto de la Junta Democrática y la Plataforma de Convergencia en apoyo de las huelgas).

Ha sido creado, como es sabido, un Comité de Coordinación entre la Junta Democrática y la Plataforma de Convergencia. Es un hecho importante. Poco después, el pleno de la Junta Democrática, celebrado en París el 8 de enero pasado, aprobó por unanimidad la propuesta dirigida a la Plataforma de Convergencia de llegar a la creación, con ella, de un solo organismo de unidad democrática **«como medio indispensable de mantener la iniciativa política que conduzca al Estado democrático»** (comunicado del pleno).

Nuestro Partido apoya resueltamente este acuerdo de la Junta Democrática. La preparación y ejecución de la ruptura, la acción para llegar a ese Estado democrático, requieren una estrecha unidad operativa de la oposición, un solo organismo que agrupe y sume y coordine los esfuerzos de todas las fuerzas de aquella. Más aún a nuestro juicio: que esté abierto a todos los grupos que se preocupen por el establecimiento de las libertades democráticas en nuestro país. Todas las contribuciones son necesarias en empresa de tal envergadura.

Condición de la ruptura democrática es el despliegue de crecientes acciones de masas, la realización de la acción democrática nacional.

«De hecho —se hace observar en la declaración del Ejecutivo— el potente movimiento de opinión que se desarrolla en nuestro país es ya el comienzo de la acción democrática nacional que había propugnado la Junta Democrática de España a fin de lograr el cambio político».

La afirmación responde a la realidad. Varios centenares de miles de trabajadores en huelga; numerosos comerciantes que, en distintos lugares, los



sostienen cerrando las puertas de sus establecimientos; grandes empresas con millares de obreros que van al paro en apoyo de los huelguistas; cuerpos del Estado, como el de Correos, que van a la huelga; amplios y muy variados sectores sociales, colegios profesionales, entidades diversas, personalidades, que entran simultáneamente en acción, con sus medios y reivindicaciones propias, por la amnistía y por las libertades. Hasta ayuntamientos —repitámoslo por su significación— intervienen reclamando la amnistía.

El camino de la acción democrática nacional es el de la ampliación y coordinación de estas acciones y de las masas de participantes, sin exclusión de ninguna colectividad, grupo o persona que quiera contribuir a ella. Para llegar a esta culminación de las grandes acciones actuales que sería la acción democrática nacional, las organizaciones unitarias, el movimiento obrero, nuestro Partido y todos los organismos democráticos habrán de desplegar la máxima iniciativa, un audaz trabajo de estímulo, de impulsión, de coordinación.

A nadie puede asustar esta gran acción democrática nacional. Nade la concibe como un despliegue de violencias. No es ningún complot ni entraña ninguna amenaza para las personas, ni para sus bienes, ni para la seguridad del país. Será un gran movimiento ciudadano en demanda de la amnistía y las libertades, una gran acción nacional, responsable y digna, que haga oír, serena mas inapelablemente la voluntad democrática de la nación. Para ella la oposición recaba la neutralidad del Ejército y del resto de las fuerzas armadas y su confraternización con la población si tal es la voluntad de los miembros de dichas fuerzas.

El curso pacífico de las grandes acciones que se desarrollan ya, los deseos de reconciliación que los trabajadores y el pueblo manifiestan en ellas, son anuncio cierto de un carácter pacífico y sereno de la acción democrática nacional. Es en la continuación del caetanismo a la española donde residen los peligros de complicaciones, perturbaciones y estragos.

Trabajamos arduosamente para llegar a esa gran acción. Como se dice en la declaración que comentamos:

«Del seno de la sociedad misma debe surgir el nuevo poder democrático, fruto, a la vez, de la acción popular y del más amplio pacto por la libertad».

El Partido que necesitamos

Con todo el vigor, el Comité Ejecutivo plantea a todos los militantes y cuadros del Partido una tarea que, si no es nueva, cobra en la situación presente multiplicada importancia y máxima urgencia: **LA DE CONVERTIR NUESTRO PARTIDO EN EL PARTIDO QUE HOY NECESITAMOS, EN UN PARTIDO DE CIENTOS DE MILES DE MILITANTES Y MILES Y MILES DE CUADROS.**



Las posibilidades para lograrlo están a la vista. En las huelgas, en las manifestaciones, en las demandas y pronunciamientos democráticos que hoy surgen en todos los sectores sociales, participan innumerables hombres, mujeres, jóvenes, que antes permanecían pasivos o solo lucharon esporádicamente. Millones de españoles están adquiriendo conciencia de lo que se juega en esta hora y de la necesidad de intervenir en la edificación del porvenir nacional, de su propio porvenir. Las aspiraciones de muchos, de muchísimos de ellos, tienen una afinidad, en lo esencial, con los objetivos inmediatos y mediatos de nuestro Partido. De ahí su simpatía hacia él. En realidad están disponibles para engrosarlo.

«Los cuadros dirigentes y los militantes actuales del Partido —se dice en la declaración— tienen que considerar como una de sus tareas principales, como una parte esencial de su actividad política, la organización de estas nuevas fuerzas en el Partido».

Y esta tarea ya no admite esperas. Es el momento de acometerla con la mayor resolución. Pese a toda su fuerza, los efectivos actuales del Partido resultan insuficientes en relación con la vasta y múltiple acción que ha de desplegar en hora tan grave y compleja como esta. Todos los partidos políticos, y es lógico, dedican hoy gran atención al reclutamiento. El Partido cometería un gravísimo error, cuyas consecuencias pagaría muy caras, si por su parte descuidara ese trabajo.

Con la discriminación anticomunista, voceada por el Gobierno todos los días, se pretende retrasar o aminorar el crecimiento del Partido intimidando a sus simpatizantes y a las masas en general. A eso hay que responder **desde ahora mismo** nutriendo más y más nuestras filas y llevando a todas partes nuestra actividad. Cuanto más fuerte sea el Partido mejor será combatida y más pronto se hundirá completamente esa maniobra tendente a marginarle. En esto, como en todo, lo que más cuenta es la correlación de fuerzas.

La declaración nos dice que para abordar esta tarea de fortalecimiento del Partido con el vigor y la eficacia que requiere, es necesario superar ciertas concepciones.

En primer lugar, la autosatisfacción de ser ya un gran Partido. El más numeroso y el más sólidamente organizado y que, en consecuencia, todo se nos dará por añadidura. Eso —la definición que de tal estado de ánimo da la declaración nos parece muy exacta— **«es una especie de opio que adormece a algunos camaradas».**

En segundo lugar, el sectarismo en materia de organización, igual que hemos superado, en gran medida, el político. Creer que muchos de los que luchan a nuestro lado **«no están todavía suficientemente maduros para ser miembros del Partido»** es una de las formas en que se manifiesta ese sectarismo de organización. En el fondo, se trata de una concepción «elitista» del Partido, ajena a la concepción marxista del mismo.



En tercer lugar, hay que superar esa subestimación, más o menos pronunciada, en que incurren algunos camaradas al considerar que basta con tener una línea política justa y aplicarla para que con ello se resuelvan los problemas del desarrollo orgánico del Partido.

A todos nos interesa detenernos en estos tres puntos —que en este comentario solo resumimos, quizás demasiado— y reflexionar autocriticamente sobre ellos.

El Comité Ejecutivo incita a los hombres y mujeres del Partido a que, siguiendo los brillantes ejemplos que ya existen al respecto, se conviertan en dirigentes públicos del movimiento democrático, a enraizarse más y más en las masas, proponiendo soluciones a sus problemas, mostrándoles abiertamente la verdadera imagen del Partido y dejando solamente «**en el secreto de la ilegalidad aquellos aparatos de organización y propaganda que todavía es necesario preservar seriamente**».

El Comité Ejecutivo llama a los trabajadores de la ciudad y del campo, a la juventud, a las mujeres, a intelectuales y profesionales, a los comunistas veteranos que en otros períodos se vieron impelidos a apartarse de la acción organizada, a incorporarse al Partido Comunista de España, a hacer de él un instrumento, cada día más fuerte y eficaz, para la acción actual, junto a las demás fuerzas de la oposición, por la ruptura democrática y la instalación de un régimen democrático en España. Y para desarrollar mañana la democracia y avanzar, a través de ella, hacia el socialismo. ★

